

En el centenario de su muerte

Miguel Bakunin



Semblanza de un revolucionario

María Ruipérez

«**N**O soy verdaderamente libre más que cuando todos los seres humanos que me rodean, hombres y mujeres, son igualmente libres. La libertad de otro, lejos de ser un límite o la negación de mi libertad, es al contrario su condición necesaria y su confirmación. No me hago verdaderamente libre más que por la liber-

dad de los otros, de suerte que cuanto más numerosos son los hombres libres que me rodean y más vasta es su libertad, más extensa, más profunda y más amplia se vuelve mi libertad» (1).

(1) Miguel Bakunin: *Dios y el Estado*, Ed. Proyección, Buenos Aires, 1969, pág. 19.

EL hombre que escribió estas palabras, Miguel Bakunin, de cuya muerte se cumple este año el centenario, ha dejado tras de sí una estela de admiraciones, odios y rencores que llegan hasta nuestros días. Resulta difícil para cualquier estudioso tratar de penetrar en la vida y en la obra de este gigante de la revolución sin caer en el apasionamiento y sin dejarse llevar por motivaciones personales, pues la polémica levantada en torno a su figura sigue hoy tan viva como hace un siglo.

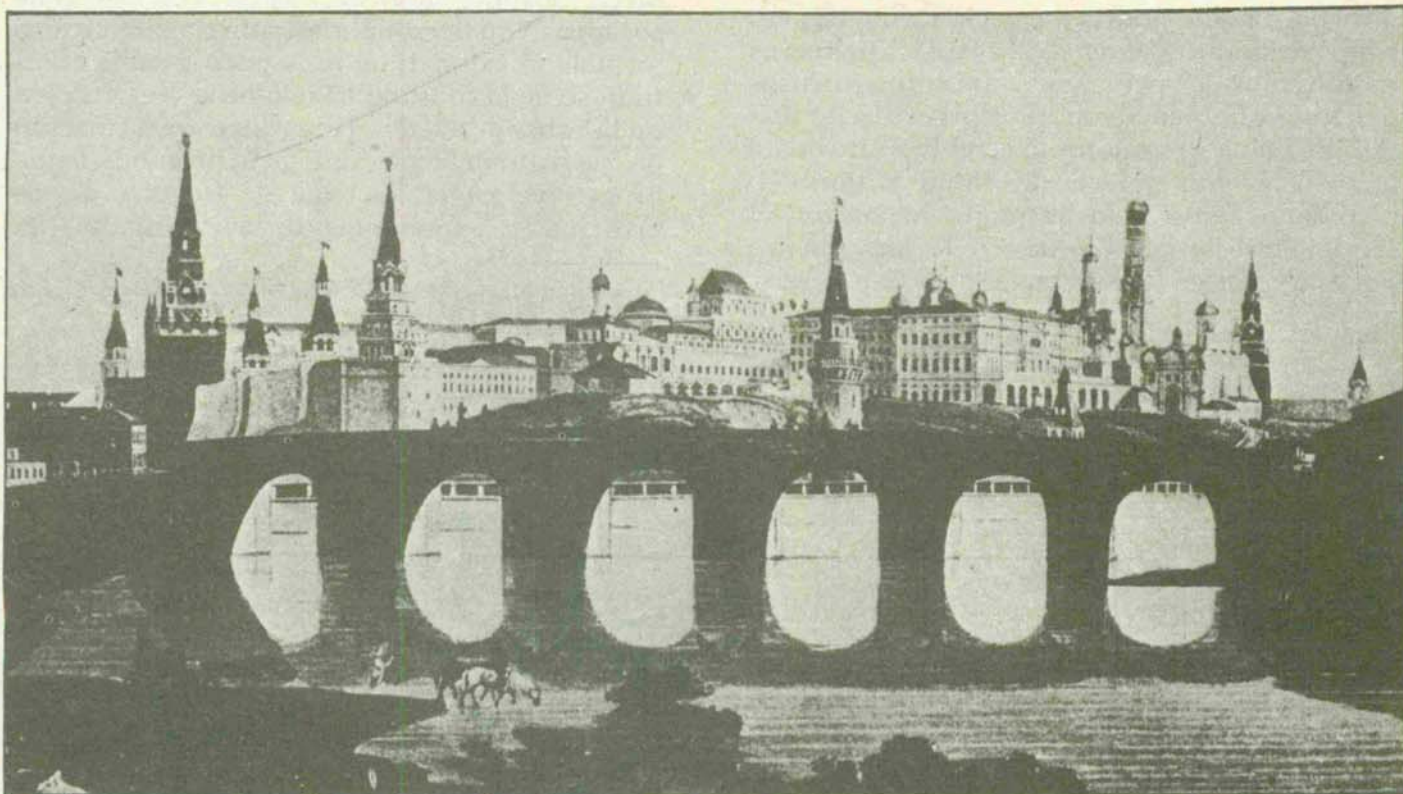
Miguel Bakunin nació el 8 de mayo de 1814 en Premukhino (Tver), en el seno de una familia aristocrática y liberal. Tercero de los nueve niños nacidos del matrimonio, heredó de su abuelo el nombre, y al parecer también el temperamento indomable y la fortaleza física. Su infancia en el campo, y la educación liberal que, a diferencia de los aristócratas rusos de su época, recibió de un padre influido por los enciclopedistas, dejaron en Bakunin una huella de amor a la naturaleza y exaltación de la libertad individual, que no le abandonaría durante el resto de su existencia y representaría uno de los rasgos más destacados de su pensamiento y acción política.

Para seguir la tradición familiar, su padre eligió para él la carrera militar, por lo que el futuro revolucionario ingresaba a los quince años en la Escuela de Artillería de San Petersburgo. Según sus biógrafos, el ambiente militar fue el responsable de su posterior indiferencia

por el valor del dinero y de su despreocupación de gran señor por los bienes materiales, rasgos de su carácter que con el tiempo le llevaron a vivir entre la miseria y el mecenazgo de sus amigos y correligionarios. Ascendido a oficial tres años después, la incapacidad para someterse a la rígida disciplina militar —la **rebeldía** que más adelante definirá como una de las características esenciales del ser humano— le impidió realizar una brillante carrera en el Ejército, y dio con sus huesos a los diecinueve años en un alejado regimiento de Lituania en el que, aislado y sin amigos, el futuro anarquista se curaría de antemano de toda tentación individualista y descubriría la necesidad de las relaciones sociales para el logro de la plenitud humana. Como escribió a su familia en esta época:

«Estoy solo aquí, completamente solo. El eterno silencio, la eterna tristeza, la eterna nostalgia son los compañeros de mi soledad (...). He descubierto por experiencia que la perfecta soledad, tan elocuentemente predicada por el filósofo de Ginebra, es el más estúpido de los sofismas. El hombre está hecho para vivir en sociedad. Un círculo de relaciones y de amigos que le comprendan y que compartan sus alegrías y sus penas es indispensable para él. La soledad voluntaria es casi idéntica al egoísmo; y el egoísta, ¿puede ser feliz?» (2).

(2) Kaminsky: *Bakounine. La vie de un revolutionnaire*, Ed. Belibaste, 1971, pág. 25.



Nacido el 8 de mayo de 1814 en el seno de una familia aristocrática y liberal, Miguel Bakunin siguió durante unos años la carrera militar. Incapaz de someterse a la disciplina, abandonó el Ejército para marchar a Moscú en 1835, ciudad cuyo aspecto a mediados de siglo recoge el grabado.



Fue a través de la Universidad de Moscú donde Bakunin tomaría contacto con los dos más fieles compañeros de su vida: Herzen —aquí retratado— y Ogarev, que habían sido condenados al exilio por leer las obras de Saint-Simon y que mostraban una postura favorable al incipiente socialismo europeo.

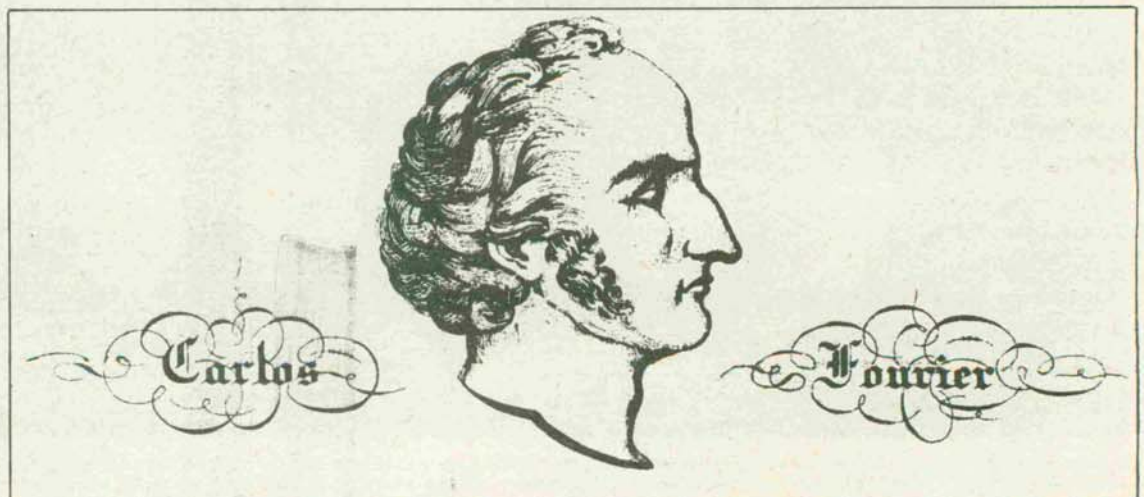
En Lituania, Miguel cayó enfermo, y gracias a ello pudo volver a su casa y sentirse de nuevo un hombre libre. En este momento, su rotunda negativa a reiniciar una carrera militar, y su oposición ante los deseos de su padre, que pretendía hacerle ingresar en la administración estatal, desembocaron en un enfrentamiento con su familia y en su marcha a Moscú en 1835. Bakunin no era todavía un revolucionario, pero ya se había convertido en un rebelde. Sin dinero, viviendo con el falso título de «profesor de matemáticas» la vida bohemia de muchos estudiantes de la época, el joven aristócrata comenzaba una nueva etapa de su existencia cuyo desenlace nadie podría sospechar aún. (Es curioso constatar la semejanza entre los primeros pasos de los dos principales anarquistas rusos del XIX: también Kropotkin procedía de una familia noble y permaneció en el Ejército hasta la insurrección polaca de 1866; y también abandonó, junto a su hermano Alejandro, el servicio militar después de este levantamiento para ingresar en la Universidad de San Petersburgo).

LA FORMACION DE UN REVOLUCIONARIO

La Universidad de Moscú, a pesar de todos los esfuerzos del Gobierno, era un islote de libertad, donde los estudiantes discutían la filosofía alemana y los últimos avances de la ciencia europea, y donde surgieron los primeros núcleos de intelectuales rusos opuestos al zarismo. A través de ella, Bakunin entró en contacto con quienes serían con el tiempo los más fieles compañeros de su vida: Herzen y Ogarev, descendientes ambos de grandes familias rusas y que habían sido condenados al exilio por leer las obras de Saint-Simon, y que compartían con otros muchos estudiantes una posición favorable al incipiente socialismo europeo. En cambio, la lectura favorita del futuro revolucionario no era Saint-Simon, ni ningún otro socialista utópico, sino el filósofo idealista alemán Fichte, de quien Bakunin tradujo numerosos trabajos —entre otros, las **Conferencias sobre la vocación de un estudioso**— y que, además de robustecer su independencia de espíritu y amor a la libertad, le introdujo en la lectura de Hegel, principal fuente filosófica de los revolucionarios decimonónicos.

A los 26 años, el deseo de ir a Alemania y entrar en contacto directo con los filósofos alemanes era incontenible. Aunque no disponía de dinero para emprender el viaje, Bakunin —gracias a un préstamo de Herzen— salió en el verano de 1840 de San Petersburgo camino de Berlín, «la Meca filosófica de la época» (3). Con este viaje sus ideas y su personalidad sufrirían una transformación radical: en muy poco tiempo el estudioso de la filosofía hegeliana se convirtió en un hombre de acción. Pero esta transformación no fue fruto del azar, sino de la profundización progresiva en la doctrina de Hegel y de los principales exponentes de la llamada «iz-

(3) Casimir Martí: *Orígenes del anarquismo en Barcelona*, Ed. Teide, Barcelona, 1959, pág. 43.



Fourier fue uno de los autores que más influyeron en la evolución ideológica del joven Bakunin. En este su primer contacto con las doctrinas socialistas —producido a partir de su traslado a Dresde en 1842—, también leyó con apasionamiento las obras de Blanc, Cabet y Proudhon.

quierda hegeliana». Como ha señalado Guillaume: «Así como Ludwig Feuerbach, en **La esencia del cristianismo**, llegó al ateísmo por medio de la doctrina hegeliana, Mijáil Bakunin aplicó las teorías de Hegel a sus propias ideas sociales y políticas y llegó a la revolución social» (4).

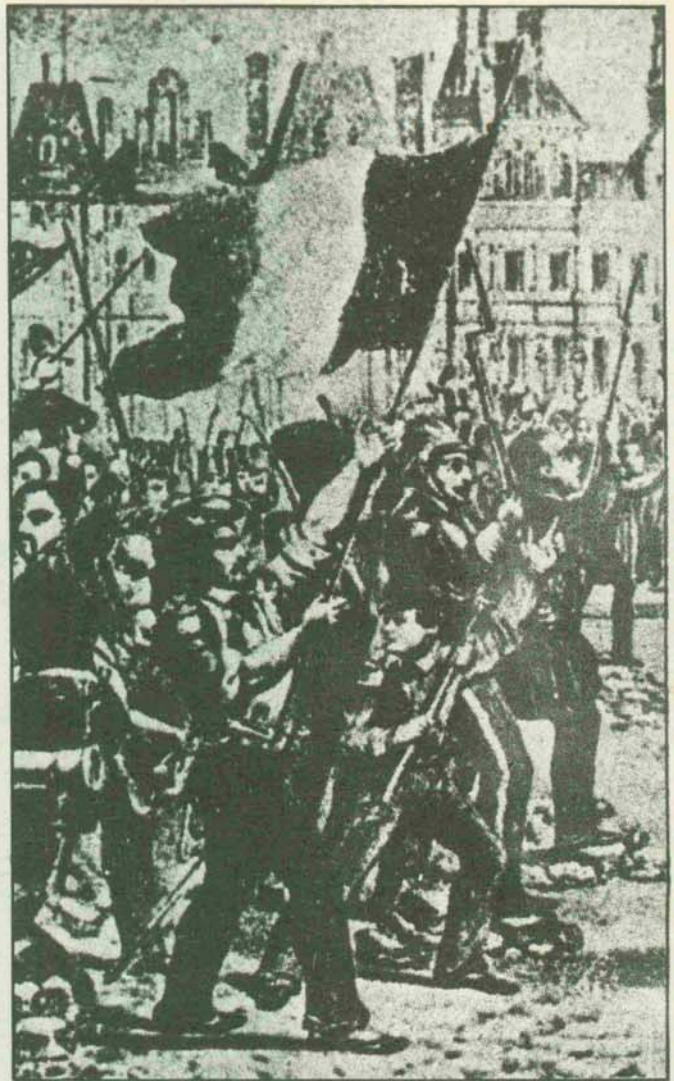
Con su traslado a Dresde en 1842 y su primer contacto con las doctrinas socialistas y comunistas —a través de las obras de Fourier, Blanc, Cabet y Proudhon— se completaba este primer período en la evolución ideológica bakuninista, cuyo rechazo del hegelianismo encontró su primera expresión en un artículo publicado en los **Anales alemanes** de Ruge, bajo el título «La reacción en Alemania. Fragmento, por un francés». El artículo terminaba con un auténtico grito de batalla, que simbolizaría a partir de ahora el planteamiento ideológico del anarquista ruso: «La pasión de la destrucción es al mismo tiempo una pasión creadora». El radicalismo intransigente inicial, fruto de su carácter apasionado y del contacto con los círculos revolucionarios de la Europa Occidental, había adquirido ya en este trabajo —como señala C. Martí— «el rango de una convicción filosófica» de la que no se desprendería en el resto de su vida (5).

La lectura de este artículo produjo gran conmoción en Rusia y también en las esferas policiales, que empezaban a considerarle un peligroso agitador. Era el comienzo de una vida de persecuciones que, unida a su incansable búsqueda de los puntos clave de la lucha revolucionaria, llevaría a Bakunin a recorrer toda Europa. Perseguido desde ahora por la policía secreta zarista, tuvo que abandonar Dresde y refugiarse en Suiza; pero tras pasar un invierno en Berna, nuevas presiones del Gobierno ruso le obligaron a marchar a Bélgica y, por fin, en 1844 a París.

En los años centrales del siglo, París era un hervidero revolucionario. Los conspiradores franceses se mezclaban con un gran número de exiliados de la Europa oriental, entre los cuales los polacos ocupaban un lugar preeminente. En contacto con ellos, la perspectiva revolucionaria de Bakunin se ensanchó hasta convertirle en defensor de la revolución eslava, e incluso en campeón de un paneslavismo cuyas posibilidades en aquellas fechas parecían más quiméricas que reales. Pero fue sobre todo la relación con los emigrantes alemanes y revolucionarios franceses la que dejó una huella más profunda en el joven radical ruso. La atracción de las

(4) Sam Dolgoff: *La anarquía según Bakunin* (Con notas biográficas de J. Guillaume). Ed. Tusquets, Barcelona, 1976, pág. 11.

(5) C. Martí: *op. cit.*, pág. 45.



Sólo el estallido revolucionario de 1848 (del que vemos una imagen significativa) permitiría el regreso de Bakunin a París y su participación, por vez primera, en un levantamiento popular. El futuro líder anarquista luchó entonces día y noche en las barricadas como miembro de una compañía de milicianos.

doctrinas de Babeuf, muy superior en estos años a la influencia de Proudhon, estaría contrapesada por el comienzo de una relación —tormentosa desde sus inicios— con Carlos Marx. Mientras éste empezaba, con la colaboración de Engels, a poner las bases de su sistema teórico, nuestro personaje aún se encontraba en una fase de socialismo «instintivo», difícil de compaginar con las exigencias científicas del fundador del marxismo. El mismo Bakunin recordó, años después, las limitaciones de la amistad entre los dos principales revolucionarios del pasado siglo: «Nunca hubo una franca intimidad entre nosotros dos; nuestros temperamentos no lo permitirían. Me llamaba idealista sentimental y tenía razón; yo le llamaba vano, pérfido y astuto, y yo también tenía razón» (6).

(6) Citado en Kaminsky, *op. cit.*, pág. 74; Sam Dolgoff, *op. cit.*, pág. 14 y en James Joll: *Los anarquistas*, Ed. Grijalbo, Barcelona - México, D. F. 1968, pág. 76.

Después de una durísima prisión en San Petersburgo y de ser condenado a la deportación perpetua en Siberia, Bakunin —al que contemplamos en su clásico retrato— escaparía a Japón, para pasar posteriormente a Nueva York y Londres. Son en ese momento las Navidades de 1861, punto de partida de la segunda etapa de la actividad revolucionaria del político ruso.



BAKUNIN, PANESLAVISTA

De todas formas, tampoco París era un lugar seguro para un paneslavista revolucionario, que ya en 1846 se declaró defensor del pueblo polaco, y que un año después defendió la necesidad de una revolución rusa ligada a las sublevaciones de los pueblos eslavos contra la dominación zarista. En respuesta a este planteamiento, nuevas presiones del Gobierno ruso condujeron a su expulsión de Francia, y después de Bélgica; y sólo el estallido revolucionario de 1848 permitiría la vuelta de Bakunin a París y su participación, por vez primera, en un levantamiento popular.

Tras ingresar en una compañía de milicianos, Bakunin luchó día y noche en las barricadas parisinas para defender las conquistas revolucionarias. Pero su instinto le advertía de la im-

posibilidad de un triunfo revolucionario basado únicamente en el entusiasmo y la fraternidad de los primeros momentos; por ello decidió continuar su defensa de una revolución eslava que condujera a la participación de Rusia en la Europa revolucionaria. Sus concepciones eran, en este punto, totalmente opuestas a las de Marx. Mientras el fundador del marxismo creía en la inferioridad de los pueblos eslavos y en su necesidad de adaptarse al dominio alemán, la posición de Bakunin incluía como objetivos centrales la liberación de los eslavos, y la atracción de este pueblo a la causa revolucionaria europea. Con estas miras, participó en el Congreso de los eslavos austriacos, celebrado en Praga, y cuyo final —el ataque de las tropas austriacas a los congresistas el día de Pentecostés de 1848— significó el comienzo de una nueva huida, esta vez hasta Breslau.

Pero las dificultades no minaban el temperamento revolucionario de nuestro personaje, que en el mismo año escribía el texto más importante de su etapa paneslavista: **El llamamiento a los eslavos**, pieza fundamental, en opinión de Carr, de la historia europea, ya que en ella se defendía por primera vez la destrucción del Imperio Austro-húngaro y la construcción de nuevos Estados eslavos independientes sobre sus ruinas. Además, las preocupaciones de Bakunin no se limitaban en este escrito a la lucha nacional, o a la libertad de los pueblos. Junto a ellas, la «cuestión social» ocupaba ya un puesto sustancial en su concepción política: «La libertad no es más que mentira mientras la mayoría de la población esté reducida a una existencia miserable». De ahí la necesidad de un cambio social y político radical, cuya enunciación ponía fin al **Llamamiento**:

«Tenemos que cambiar las condiciones materiales y morales de nuestra existencia actual para acabar de una vez con este decrepito mundo social que se ha vuelto impotente, estéril e incapaz de contener o de apoyar una dosis tan grande de libertad. Debemos, primero, purificar nuestra atmósfera y, después, llevar a cabo un cambio total de nuestro medio que corrompe nuestros instintos y nuestra voluntad al cohibir nuestros corazones y nuestras mentes» (7).

Socialismo y paneslavismo eran, por tanto, los ejes del pensamiento de Bakunin en el momento en que, tras la derrota de los patriotas alemanes en Dresde ante las tropas prusianas, fue hecho prisionero y trasladado a la fortaleza de Königstein. La explosión revolucionaria de

(7) «Llamamiento a los Eslavos», en Dolgoff: *op. cit.*, pág. 68-75.

1848, la «primavera de los pueblos», había acabado, y los poderes constituidos se tomaban su revancha. El revolucionario ruso, el hombre que había luchado en las barricadas y que estuvo presente en todos los puntos álgidos del combate popular, recibía en 1850 la comunicación de su condena a muerte por el Gobierno prusiano; y sólo se salvaría de este triste fin, y de perecer posteriormente en las cárceles austríacas, cuando ambos gobiernos aceptaron entregarlo a la justicia de los zares que, recordando viejos agravios, había solicitado su extradición.

LA CONFESION

Uno de los momentos más discutidos de la biografía del revolucionario ruso corresponde a su estancia en la terrible fortaleza de Pedro y Pablo, en San Petersburgo, y en concreto a su **Confesión** ante el zar. Para algunos biógrafos y polemistas, se trata de una claudicación en toda regla, aprovechada a veces para denigrar la entera trayectoria revolucionaria de Bakunin; para otros, en cambio, es la consecuencia lógica de la situación de un hombre acorralado que lucha por cambiar su destino. Sea cual sea la óptica que se adopte, no puede negarse que el texto de la **Confesión** refleja a un tiempo la desesperación de un condenado a muerte, que con una declaración de culpabilidad y el empleo de un lenguaje servil y adulador para el Zar espera escapar a su terrible condena sustituyéndola por el destierro a Siberia —siempre más soportable que la fortaleza de Pedro y Pablo—, y el sentido del honor de un revolucionario que, pese a estar minado por la enfermedad (el escorbuto) y convencido de la proximidad de su muerte, se niega a denunciar a sus compañeros de lucha:



Fundación de la Primera Internacional, el 28 de septiembre de 1864, en Saint-Martin's Hall (Londres), según dibujo de O. Vereiski. Las tensiones dentro de la Internacional llevarían a un abierto enfrentamiento entre Bakunin y Marx, lo que significó la posterior división de sus seguidores.

«Usted quiere mi confesión —escribió al zar—, pero usted debe saber que un pecador penitente no está obligado a comprometer o revelar las malas acciones de los demás. Sólo tengo el honor y la conciencia de que jamás he traicionado a quienes han confiado en mí y por esa razón no le daré a usted ningún nombre» (8).

El zar Nicolás I no le pudo perdonar este silencio, por lo que la **Confesión** resultó inútil. Ni siquiera su muerte en 1855 abriría las puertas a la esperanza. El nuevo zar, Alejandro II, tras eliminarle de las listas de amnistía, contestaba negativamente a las peticiones de la madre del revolucionario: «Mientras vuestro hijo viva, no será libre». De aquí que, desesperado ante el fracaso de todos los intentos de sus parientes y amigos, Bakunin decidiera completar su humillación con una «Segunda Confesión» dirigida al nuevo zar:

«Ante vos, Señor, no tengo vergüenza de confesar mi debilidad; lo confieso abiertamente, la idea de morir en la soledad de la reclusión me espanta

(8) Sam Dolgoff: *op. cit.*, pág. 21.



La Liga de la Paz y de la Libertad, de la que formaban parte hombres como Victor Hugo, Stuart Mill, Louis Blanc, Pierre Leroux y Garibaldi (cuyo monumento, obra del escultor Maccagnani, reproducimos), quiso ser utilizada por Bakunin como tribuna para difundir sus concepciones ideológicas. El fracaso más absoluto acompañó a este empeño.

—esta idea me asusta más que la misma muerte— y desde lo más profundo de mi corazón, desde lo más profundo de mi alma, yo suplico a Vuestra Majestad que me libre, si es posible, de este castigo supremo y más atroz que ningún otro» (9).

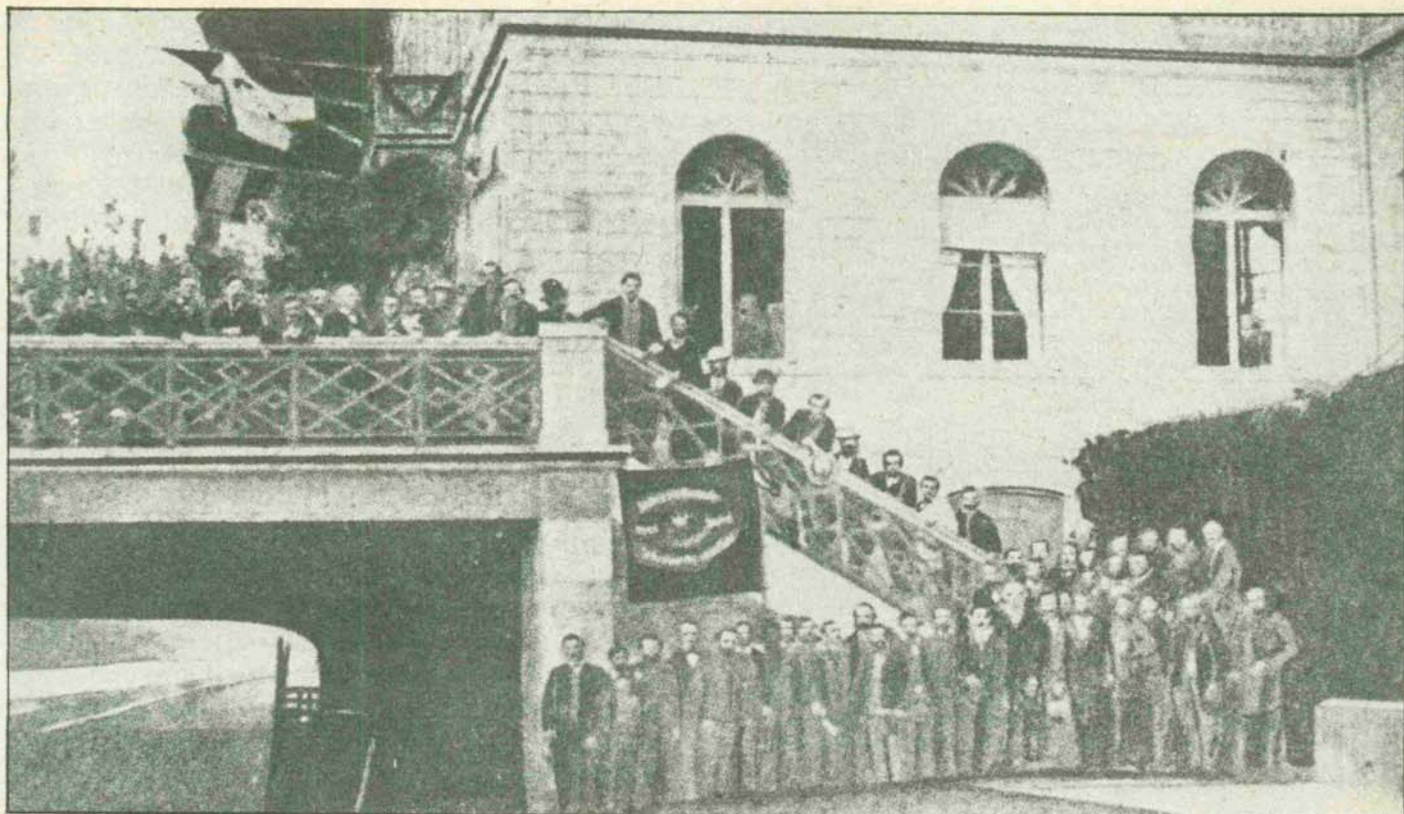
Al fin, el zar cede, y en 1857 cambia su condena por la deportación a perpetuidad a Siberia. Bakunin tiene ya 44 años, y a pesar de los sufrimientos soportados durante ocho años de prisión, aún conserva casi intacto su ánimo y su actividad. Su único deseo, escapar a Occidente, sólo se logra tres años después a bordo de un barco americano que le lleva primero a Japón, luego a Nueva York, y por fin a Londres. Son las Navidades de 1861, punto de partida de la segunda etapa de la vida pública y actividad revolucionaria de Miguel Bakunin.

EN EL CENTRO DE LAS LUCHAS

En la década de 1860, tras el declive de los años posteriores a la revolución fracasada de 1848, vuelve a sonar la hora de las luchas populares: Polonia se rebela de nuevo contra el zarismo, mientras Italia emprende el combate decisivo para la conquista de la unidad peninsular, y el renaciente movimiento obrero lucha por reconstruir sus organizaciones y dar el salto a la constitución de una Asociación Internacional. En el centro de estas luchas, que culminarán con la Comuna de París en 1871, Bakunin, recuperado para la acción política con la misma energía que antes de sus años de prisión, se encuentra en el ambiente idóneo para desarrollar al máximo sus energías.

En enero de 1863 estalló la insurrección polaca. Los sueños revolucionarios y paneslavistas del ruso parecían a punto de convertirse en realidad: el levantamiento de Polonia podía ser, en su opinión, el comienzo de la liberación de los pueblos eslavos, incluida la propia Rusia, y el punto de partida de la revolución europea. Vanas ilusiones. La lucha polaca, puramente nacionalista, le desilusionó al cabo de poco tiempo, obligándole a dirigir su atención a otra zona europea en la que el combate por la unidad nacional podía dar paso a la ansiada revolución social: Italia. Instalado en Florencia desde comienzos de 1864, sus esfuerzos se dirigieron desde este momento a un objetivo mucho más ambicioso que los emprendidos hasta ahora: la constitución de una «sociedad secreta internacional socialista y revolucionaria» (según su propia declaración en una carta a Herzen y Ogarev). El **Catecismo Revolucionario**, redactado en 1866, y desnado a servir como base doctrinal de esta sociedad, reflejaba a la vez el

(9) Kaminsky: *op. cit.*, pág. 173.



Basilea, 1869: los participantes en el IV Congreso de la Asociación Internacional de Trabajadores se fotografían ante el local en que fueron celebradas las reuniones. El enfrentamiento ideológico entre marxistas y bakuninistas se manifestaría ya aquí de una manera terminante y radical, a propósito de la discusión sobre el derecho de herencia.

abandono definitivo de las esperanzas de Bakunin en el papel revolucionario de las minorías oprimidas, y su aceptación de los puntos centrales del credo anarquista, bajo la influencia directa y fundamental de Proudhon. Las frases finales de dicho **Catecismo** representan un resumen apropiado de la doctrina defendida en él:

«Los objetivos de la revolución democrática y social pueden definirse en pocas palabras. Políticamente, la abolición del derecho histórico, del derecho de conquista y del derecho diplomático. La emancipación total de los individuos y las asociaciones del yugo de la autoridad divina y humana. La destrucción absoluta de todas las uniones y aglomeraciones forzadas de las comunas en las provincias, y de las provincias y países conquistados en el Estado. Finalmente, la disolución radical del Estado centralista, tutelar, autoritario, con todas sus instituciones militares, burocráticas, gubernamentales, administrativas, judiciales y civiles. En una palabra, la devolución de la libertad a todo el mundo, a los individuos y a las corporaciones colectivas, asociaciones, comunas, provincias, regiones y naciones, y la garantía mutua de esta libertad a través de la federación.

Socialmente, la confirmación de la igualdad política por la igualdad económica. La igualdad de

punto de partida, desde el nacimiento de cada individuo; igualdad no natural sino social, es decir igualdad de medios de sostenimiento, de educación, de instrucción, para cada niño o niña hasta la época de su madurez» (10).

Las ideas básicas del pensamiento libertario de Bakunin, sobre las que volverá en muchas ocasiones en sus escritos posteriores (inacabados en su mayor parte), estaban recogidas ya en este **Catecismo**: oposición al principio de autoridad, organización de la sociedad de abajo arriba, a través de pactos libres, propiedad colectiva de la tierra y abolición del derecho de herencia... Y junto a ellas, aparecían definidas igualmente las virtudes que todo revolucionario decidido a integrarse en la **Fraternidad Internacional**, debía poseer: «Buena fe, valor, prudencia, discreción, constancia, firmeza, resolución, abnegación sin límites, ausencia de vanidad y de ambiciones personales, inteligencia práctica...».

Constituida la Sociedad Secreta en Italia, Bakunin necesitaba una tribuna más amplia para difundir por toda Europa sus concepciones ideológicas. El Congreso de la Liga de la

(10) El *Catecismo Revolucionario* está recogido en D. Guérin: *Ni Dieu ni Maître*, tomo I, Petite collection Maspero, París, 1970; págs. 181-205.

Respeto a Marx, Bakunin escribió: «Nunca hubo una franca intimidad entre nosotros dos; nuestros temperamentos no lo permitirían. Me llamaba idealista sentimental y tenía razón; yo le llamaba vano, pérfido y astuto, y yo también tenía razón». (Sobre estas líneas, página manuscrita del trabajo de Bakunin titulado «Contra Marx»).

Paz y de la Libertad, celebrado en Ginebra en septiembre de 1867, parecía un foro adecuado para este propósito. La Liga, fundada poco antes por un amplio número de figuras de la democracia europea —entre sus miembros se encontraban Víctor Hugo, Stuart Mill, Louis Blanc, Pierre Leroux y Garibaldi— tenía como principal objetivo movilizar a la opinión mundial en favor de la conservación de la paz; pero su componente democrático justificaba la esperanza de Bakunin de atraerla hacia sus planteamientos radicales.

El empeño resultó un fracaso. Pese a la enorme atracción que ejercía sobre los congresistas la poderosa personalidad del revolucionario ruso, el desacuerdo se puso de manifiesto de inmediato. Las discrepancias entre el socialismo de Bakunin y el pacifismo democrático y federalista de la Liga alcanzaron su punto culminante en el Segundo Congreso, reunido en Berna en septiembre de 1868, en el que los socialistas revolucionarios quedaron en franca minoría. Tras su derrota, el sector minoritario decidió fundar la **Alianza de la Democracia Socialista**, plasmación definitiva de los proyectos organizativos de Bakunin, cuyo programa, redactado por él, resumía en una versión radical las ideas básicas del **Catecismo Revolucionario**:

«La Alianza se declara atea; quiere la abolición de los cultos, la sustitución de la fe por la ciencia y de la justicia divina por la justicia humana. La Alianza quiere ante todo la abolición completa y definitiva de las clases y la igualdad económica y social de los individuos de ambos sexos. Para

llegar a este objeto, quiere la abolición de la propiedad individual y del derecho a heredar (...). Enemiga de todo despotismo, no reconoce ninguna forma de Estado, y rechaza toda acción revolucionaria que no tenga por objeto inmediato y directo el triunfo de la causa de los trabajadores con el capital; pues quiere que todos los Estados políticos y autoritarios actualmente existentes se reduzcan a simples funciones administrativas de los servicios públicos en sus países respectivos, estableciéndose la unión universal de las libres asociaciones, tanto agrícolas como industriales» (11).

BAKUNIN FRENTE A MARX

Complicada con otros asuntos de importancia secundaria (como el **affaire** Nechaiev, al que no podemos referirnos por falta de espacio), la fundación de la Alianza de la Democracia Socialista fue el punto de partida de un conjunto de acontecimientos de trascendental importancia, que culminaron con la escisión de la Asociación Internacional de Trabajadores y con el enfrentamiento entre Marx y Bakunin y entre los seguidores de los dos líderes revolucionarios. Aún hoy, más de cien años después de estos hechos, no ha desaparecido la polémica entre los partidarios de ambas corrientes del movimiento obrero, cuyos ataques y reproches alcanzan a veces una insospechada virulencia.

Una narración objetiva y, en lo posible, imparcial de estos sucesos tiene que partir del recuerdo de las divergencias personales e ideológicas entre ambos personajes, cuya existencia había impedido —como antes señalamos— el establecimiento de unos lazos amistosos ya en la década de 1840. Más de veinte años después, las divergencias eran todavía mayores. La creación de la Alianza, unida a otros incidentes menores, había despertado la desconfianza de Marx y Engels, temerosos de que la Nueva Agrupación se convirtiera en un rival peligroso de la Asociación Internacional de Trabajadores; y los intentos conciliadores de Bakunin no produjeron el menor resultado positivo. La petición de ingreso en la AIT presentada por la Alianza después de su ruptura con la Liga de la Paz y la Libertad chocó con la oposición del Consejo General de la Internacional, para el cual la existencia de una nueva organización supranacional dentro de la AIT «sería el medio más seguro para que las confusiones se sucedieran en la Asociación». De poco valió la deci-

(11) El programa de la Alianza llegó a España en fecha temprana, gracias al viaje de Fanelli a finales de 1868, y está recogido en diversas obras dedicadas a este período (p. e., en *El Proletariado Militante* de A. Lorenzo, Alianza Editorial, Madrid, 1974; págs. 50-51).

sión adoptada por los bakuninistas de disolver su organización e integrarse individualmente en la Internacional; pese a este acuerdo, pervivían las suspicacias, y ni siquiera una carta extremadamente afectuosa de Bakunin a Marx sirvió para eliminarlas: «Desde mi adiós a los burgueses del Congreso de Berna —declaraba en ella el revolucionario ruso— no me atrae otra sociedad ni otro medio que los del mundo obrero. La Internacional, de la que eres uno de los principales inspiradores, es ahora mi madre patria. Como puedes ver, pues, querido amigo, soy discípulo tuyo y me enorgullezco de ello» (12). Pero el enfrentamiento probablemente no habría sido tan radical si no hubieran aparecido, junto a las suspicacias personales y organizativas, serias disensiones ideológicas que complicaron aún más el panorama.

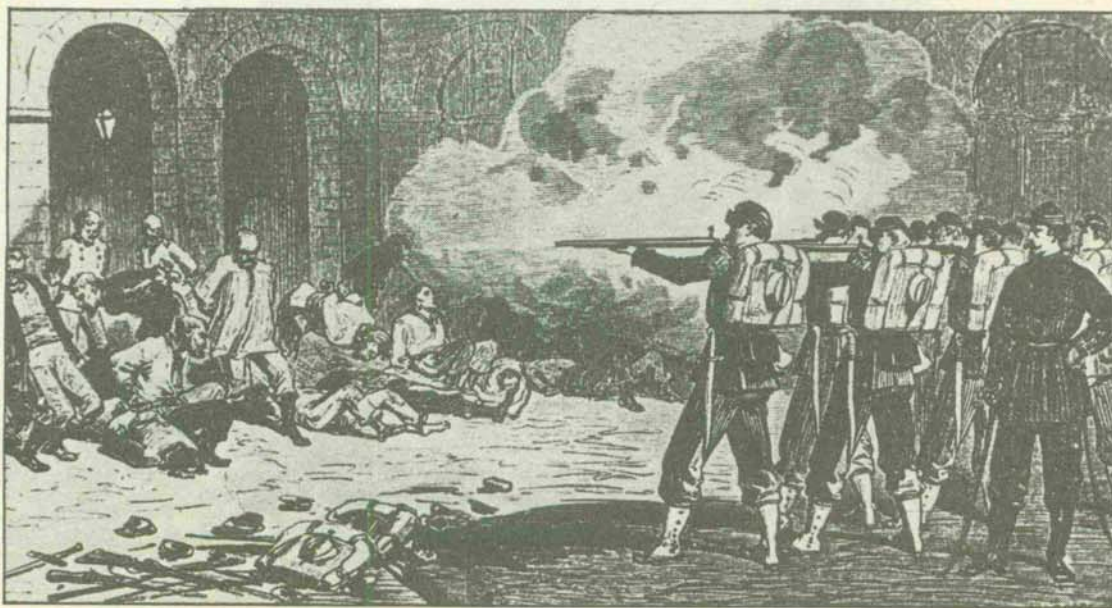
El enfrentamiento ideológico se manifestó ya en el Congreso de la Internacional celebrado en Basilea en 1869, al que por primera vez asistía Bakunin, junto a un considerable número de sus partidarios suizos. En el debate del Congreso, el punto álgido correspondió a la inclusión en el programa de la Internacional, a petición de este sector, de la abolición del derecho de herencia. Frente a ella, los partidarios de Marx argüían que tras el triunfo de la revolución este principio se impondría por sí solo, por lo que no era necesario incluirlo en las reivindicaciones inmediatas. En cambio, Bakunin no estaba dispuesto a ceder en este punto, a su juicio fundamental: la propiedad hereditaria representaba para él la base del orden social existente, y su abolición permitiría el triunfo de la igualdad entre los hombres, paso sustancial para la desaparición del Estado y la sociedad capitalista. La distancia entre ambas posicio-

(12). Joll: *op. cit.*, pág. 92; Kaminsky: *op. cit.*, pág. 233.

nes resultó insalvable: la resolución del Consejo General, de corte marxista, no consiguió la mayoría necesaria por la oposición bakuninista. Comenzaba así una **lucha de posiciones** que, en los dos años siguientes, daría lugar a un sinnúmero de escritos polémicos —cartas, circulares, folletos— y a la aparición de múltiples acusaciones políticas y personales entre los miembros de ambos sectores.

En el terreno estrictamente ideológico, por debajo de las diferencias en torno al derecho de herencia, las discusiones abarcaban temas de muy superior envergadura. Mientras Marx defendía una organización centralizada de la Internacional, los anarquistas del cantón suizo del Jura propugnaron en la «Circular de Sonvilliers» —inspirados por múltiples textos de Bakunin— la autonomía de las organizaciones locales, como prefiguración de la futura sociedad post-revolucionaria: «La Internacional, embrión de la futura sociedad de los hombres, debe desde este momento convertirse en la fiel imagen de nuestros principios sobre la libertad y la federación, rechazando de plano cualquier principio que conduzca a la autoridad y a la dictadura». La oposición en las cuestiones organizativas estaba además vinculada al enfrentamiento en la doctrina del Estado defendida por ambos sectores. Frente al «Estado obrero» o la «dictadura obrera» prevista por los marxistas como instrumento de transformación revolucionaria de la sociedad, el antestatismo bakuninista era tajante:

«[Los marxistas] dicen que esta dictadura estatal es un medio transitorio inevitable para llegar a la emancipación integral del pueblo (...). Afirman que sólo la dictadura —la suya, evidentemente— puede crear la voluntad del pueblo. Pero nosotros les contestamos: ninguna dictadura puede tener



La Conferencia de Londres de la AIT, celebrada en 1871, decidió la condena del anarquismo, ratificada un año después en el Congreso de La Haya con la expulsión de Bakunin. Lo que, junto a la brutal represión de la contemporánea Comuna parisina —uno de cuyos fusilamientos finales vemos—, significó un terrible golpe para el líder ruso.

otro objetivo que el de auto-perpetuarse; ninguna dictadura sabrá engendrar y desarrollar en el pueblo que la soporta más que la esclavitud; la libertad sólo puede ser creada por la libertad» (13).

Por fin, las diferencias abarcaban también a los medios para el triunfo revolucionario. Y precisamente fue este problema el que desencadenó el enfrentamiento definitivo. Frente a la creencia bakuninista en el papel revolucionario de las luchas de masas, al margen de toda actividad política y de todo compromiso reformista, Marx consiguió en la Conferencia de Londres de la AIT, celebrada en 1871, la aprobación de la famosa declaración sobre «la acción política de la clase obrera, cuyo párrafo más significativo reclamaba la creación por el proletariado de 'su propio partido político, distinto, opuesto a todos los antiguos partidos formados por las clases poseedoras'» (14). Esta resolución, ratificada en el Congreso de La Haya, un año más tarde, iría acompañada por la expulsión, tras

una campaña de acusaciones personales y políticas, de Bakunin y de su correligionario Guillaume de la Internacional.

Para que se consumara la escisión, sólo faltaba que los sectores anarquistas de la AIT decidieran solidarizarse con los dos excluidos y establecer una organización alternativa a la Internacional dominada por Marx. Y esta fue la tarea llevada a cabo en el Congreso de Saint-Imier, celebrado en septiembre de 1872, por los representantes de las Federaciones española, francesa, italiana y del Jura. En presencia de Bakunin y de los principales anarquistas del momento, el Congreso rechazó los acuerdos del Congreso de La Haya, aprobó un «Pacto de Amistad, de Solidaridad y de Defensa Mutua» entre las Federaciones asistentes, y reafirmó la posición contraria a toda actividad política por medio de una resolución que reflejaba a la perfección las posiciones ideológicas bakuninistas:

«El Congreso reunido en Saint-Imier declara:

1.º Que la destrucción de todo poder político es el primer deber del proletariado.

2.º Que toda organización de un poder político

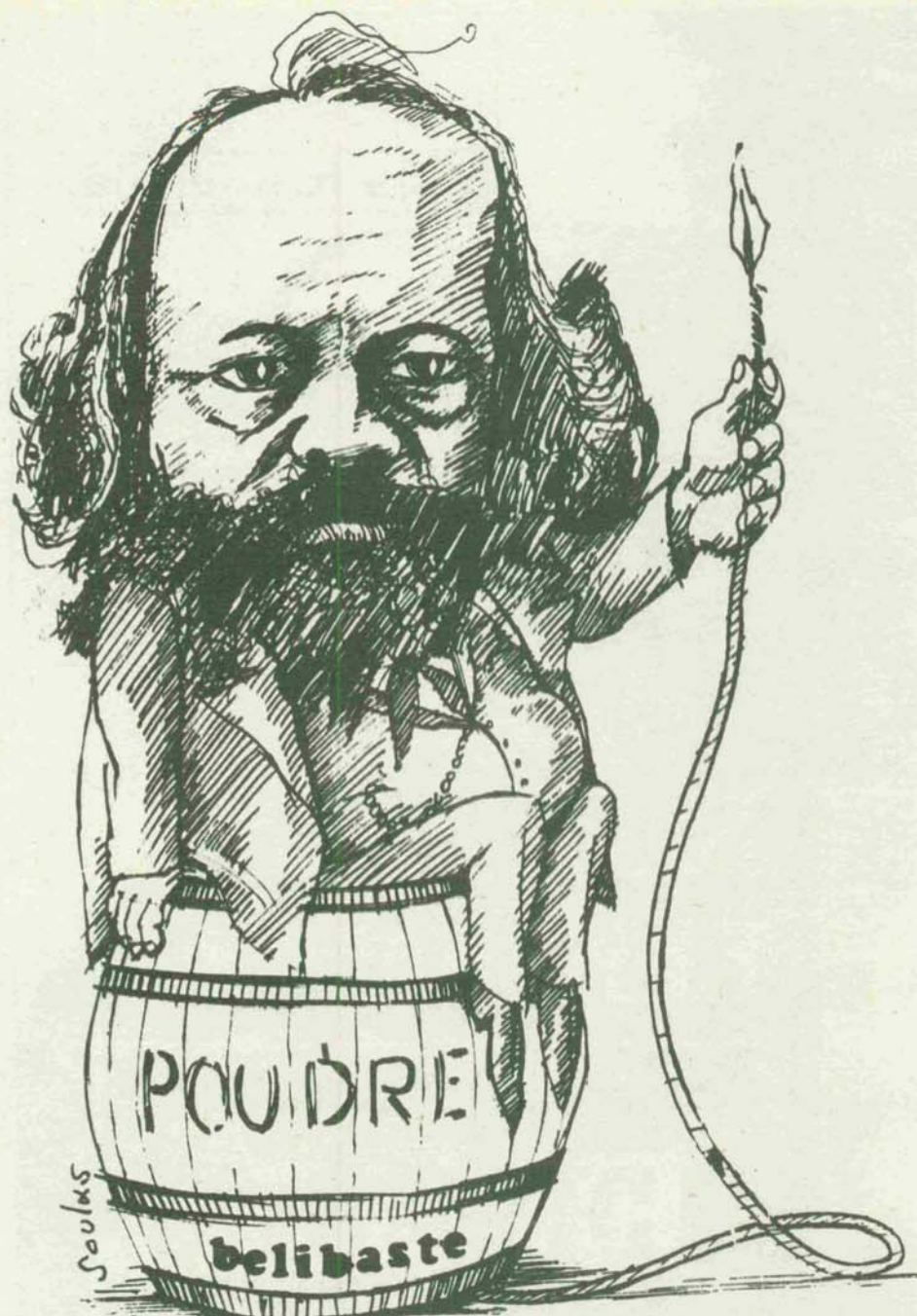
(13). Bakunin: *Etatisme et Anarchisme*; recogido en *La Liberté (Choix de textes)*, J. J. Pauvert éditeur, Holanda, 1965; pág. 237.

(14). A. del Rosal: *Congresos Obreros Internacionales en el siglo XIX*, Barcelona, 1975; pág. 215.



«Bakunin, el Danton moderno, fundador del nihilismo y apóstol de la Anarquía», podía leerse junto a este dibujo en que el revolucionario ruso conduce a las masas contra «los enemigos del proletariado». Un proletariado dividido entre sus ideas y las marxistas.

El 1 de julio de 1876 fallecía en Berna Miguel Bakunin, tras vivir tres años retirado en Locarno. Su imagen revolucionaria —de la que da idea este retrato de Souks— se acrecentaría a lo largo de los cien años que han transcurrido desde su muerte. Por desgracia, el tiempo no ha curado aún el fraccionamiento del movimiento obrero, pese a las llamadas a la unión «sobre la base de una fidelidad estricta a los principios de la Internacional» pronunciadas desde el mismo día del funeral de Bakunin.



pretendido provisional y revolucionario para traer esa destrucción no puede ser más que un engaño y sería tan peligroso para el proletariado como todos los gobiernos que existen hoy.

3.º *Que, rechazando todo compromiso para llegar a la realización de la Revolución Social, los proletarios de todos los países deben establecer, fuera de toda política burguesa, la solidaridad de la acción revolucionaria» (15).*

La escisión del movimiento obrero europeo era ya una realidad insoslayable. Para Bakunin, minado en su salud por los años de lucha, y amargado tras la derrota de la Comuna y el enfrentamiento con Marx, el Congreso de

Saint-Imier representaba al mismo tiempo el triunfo más importante de su vida de lucha y el fin de su carrera revolucionaria. En 1873 se retiró a Locarno, invitado por un amigo, Carlo Cafiero, y tres años después, el día primero de julio de 1876, fallecía en Berna. Sobre su tumba, los socialistas reunidos para rendir su último homenaje al gran revolucionario, acordaban por unanimidad hacer «un llamamiento a todos los obreros para que olviden sus vanas y desdichadas disensiones y se unan sobre la base de una fidelidad estricta a los principios [de la Internacional]». Pero este alegato carecía ya de toda viabilidad. El movimiento obrero organizado quedaba dividido en dos fracciones irreconciliables en la teoría y en la práctica ■ M. R.

(15) A. del Rosal: *op. cit.*, pág. 253.